

Prólogo

“El hombre es un pedazo del Universo hecho vida.”

Ralph Waldo Emerson

Se trataba de tiempo, sólo tiempo. No importaba si eran horas, minutos o tan solo segundos. La decisión estaba tomada de antemano, aunque para su desgracia, aún estaba por consumar. Qué aún no hubiera puesto fin a su vida, como así lo demostraban los utensilios cuidadosamente seleccionados para su fin, se debía a factores que no tenían nada que ver con el hecho en sí. Se trataba de despedirse con clase, como el perfecto caballero que le hubiera gustado ser. Incluso existió un momento en que pensó que podría ser el azote de los mediocres y corruptos, pero nada más lejos de la realidad. Los que ostentan el poder siempre han sabido cómo aplastar a las moscas molestas.

Levantó la vista, observando como el espejo había dejado de sonreírle. Ya no le adulaba como hacía en el pasado cuando era el mejor en su profesión. Había sido el mejor periodista de su generación. Incisivo, honesto y comprometido con la verdad pero en la actualidad no era mas que un dinosaurio a punto de extinguirse. Era el último de su especie.

Recordaba su éxito temprano, las esperanzas almacenadas en su memoria y la autosatisfacción de un trabajo realizado con pasión. Pero la sombra del éxito estaba teñida de fracaso y su triunfo pasado sólo permanecía en su recuerdo.

La visión recogida por sus ojos estaba distorsionada por los efectos borrosos del alcohol aunque su reflejo le daba miedo. Se asemejaba más a una caricatura deformada y cruel que a la imagen que siempre le había susurrado halagos a su propio oído. Los tiempos dorados se habían oxidado y la realidad había impuesto su férrea dictadura. Ya nunca podría volver a ser lo que fue. Jamás.

Sonrió, intentando engañar a la sensación creciente que se había acomodado en su interior, pero ésta, lejos de redimirse, iba aumentando por momentos e incluso tomaba prestada su propia apariencia física. Se había apoderado de él. Adrián Barroso era una fotocopia arrugada de sí mismo.

Salió tambaleándose del lavabo. Pretendía dirigirse a la cocina para contemplar por última vez la imagen de una naturaleza amable que se mostraba ante él, pero el whisky que reposaba en su estómago consiguió desafiar una y otra vez al equilibrio establecido. Tras varios intentos que acabaron con su rostro estampado contra el suelo, consiguió su objetivo. Llegó al portal que le comunicaba con el soleado mundo exterior.

Adrián gritó con todas sus fuerzas. Intentó por todos los medios expulsar todo el rencor y la angustia acumulada, pero tras el esfuerzo sólo consiguió vomitar parte del alcohol consumido.

Un golpe seco le devolvió al mundo real. Había destrozado, sin apenas darse cuenta, la única fotografía familiar que presidía su hogar. Se agachó y la recogió con cuidado. El vidrio estaba hecho añicos pero los integrantes de la instantánea sonreían ajenos a la desgracia que estaba a punto de descuartizar su ánimo. En ese mismo instante, sintió una punzada de culpabilidad en el corazón. No consiguió olvidar a todas las personas que había querido y aún seguía queriendo. Se esforzó por olvidar pero no pudo. Ya no los volvería a ver nunca más.

Lo intentó pero le fue imposible contener las lágrimas. La sociedad enferma en la que había nacido le seguía importando un pimiento pero su familia era diferente. Para bien o para mal eran sangre de su sangre. De entre todos ellos, su hermano Xavi había penetrado suavemente en sus entrañas y aunque intentó ocultar sus sentimientos, siempre sintió una especial predilección por ese maldito cabrón. Sabía que nunca podría

perdonarse dejarlo sólo en un mundo desquiciado pero su decisión era firme. Su vida acabaría ese mismo día.

Le consoló pensar que Xavi haría las cosas bien, que jamás se dejaría someter ni por nada ni por nadie. Su hermano había heredado el estúpido optimismo de su padre.

Con grandes esfuerzos consiguió dirigir sus pasos hacia su despacho. En ese lugar había escrito grandes reportajes. En esa misma estancia empezó la escalada hacia la cima del éxito, y sería allí donde iniciaría su bajada a los infiernos.

Agarró con fuerza un número abultado de hojas escritas sujetas con una débil grapa oxidada, sorteó los obstáculos que la ingesta masiva de alcohol había interpuesto en su camino y llegó a la chimenea que seguía alimentándose de sus proyectos abortados.

Se acercó y pudo notar el calor en su rostro. Quería sentir algo que le recordara que aún permanecía con vida, había olvidado muchas cosas, quizás demasiadas.

Su mano se deslizó con sigilo y dejó caer las páginas que empezaron a agonizar, revolviéndose hasta convertirse en ceniza.

Repitió la operación, pero cuando estuvo a punto de asesinar a sus últimas ideas escritas se detuvo. Leyó la última página del dossier y rió con fuerza, emitiendo una carcajada que retumbó en las paredes. Decidió salvarla, ni siquiera tenía claro el porqué, pero lo hizo, llevándosela con él.

Se dirigió al lavabo y a duras penas consiguió abrir el grifo de la bañera. Ésta le respondió emitiendo un sonido gutural, casi animal y empezó a vomitar agua. Mientras el líquido subía de nivel, Adrián cogió el bote circular de un somnífero de marca bastarda y lo vació en su garganta.

Cerró el grifo y se introdujo dentro, sin soltar la hoja. Notó la elevada temperatura del agua pero no le importó, necesitaba relajarse, notar que la situación estaba bajo control.

Miró a su derecha y sujetó una afilada hoja de afeitar estratégicamente colocada. Estuvo muy cerca de acabar en el fondo por su mal pulso, pero un movimiento reflejo consiguió evitarlo.

Observó aquella hoja diminuta y un cúmulo de sensaciones contradictorias cruzaron por su mente. Miedo, duda, angustia y desesperación se habían aposentado en su cerebro. Parecía que la vida que estaba a punto de marcharse para siempre de su cuerpo no iba a claudicar tan rápido. No era tan fácil quitarse de en medio como había pensado.

Un ruido desagradable le expulsó de sus pensamientos. No estaba sólo en casa. Tal y como le habían advertido, ellos le habían visitado. Estaban dentro.

No le quedaba otra salida. Si no lo hacía él, lo harían los intrusos, así que rasgó su piel, dibujando una línea vertical en su muñeca derecha e hizo lo mismo con su gemela. Acto seguido notó un dolor dulzón y suave. A los pocos segundos las escasas fuerzas que quedaban en pie comenzaron a abandonarle.

Sus ojos, antes de cerrarse definitivamente, captaron la imagen de dos figuras oscuras y borrosas que rebuscaban entre sus libros y documentos. Sus sentidos empezaban a desgastarse pero no tenía ninguna duda de que eran ellos y buscaban el universo dormido. Aquellos que le habían empujado a la muerte se encontraban junto a él, buscando el documento que podía arruinar para siempre su atroz forma de entender la vida. Pero sólo encontrarían cenizas.

Una de las figuras se acercó y le observó, inmóvil. Sabía que el inquilino agonizaba y que ya no representaba ningún peligro para su causa pero aún

así, decidió comprobar que aquel molesto periodista caído en desgracia ya no sería un obstáculo, incluso parecía disfrutar del espectáculo.

Adrián no pudo evitar esbozar una última sonrisa irónica. Sabía que por mucho que buscaran no encontrarían jamás la copia completa de aquel documento. Él no había podido acabar con ellos pero otros continuarían su legado. Tarde o temprano alguien les detendría.

- Que os jodan, hijos de puta. Que..._ balbuceó Adrián poco antes de que su vida se alejase de su cuerpo para siempre.

El agua fue abandonando su color neutral hasta adquirir progresivamente el tono rojizo propio de la sangre.

Antes de marcharse del mundo terrenal, dejó caer la página que había conservado al agua. Ésta, mojada y ensangrentada, decidió mostrar su final al mundo que tanto le había despreciado, enseñando sus últimas frases como si quisiera imitar la conducta de su autor. Sería su homenaje póstumo por haberla salvado de la quema. La tinta, antes de ser absorbida por el agua, dejó que las palabras pudieran fluir por última vez:

“Nos hemos convertido en reyes decadentes que creen poseerlo todo. Aún así, somos terriblemente infelices. Vivimos como estrellas apagadas en un Universo dormido.”